

ALEXANDER HAMILTON
LOS ORÍGENES DEL NACIONALISMO POLÍTICO
CONTEMPORÁNEO

MANUEL PASTOR MARTÍNEZ (*)

INTRODUCCIÓN.—1. FORMACIÓN IDEOLÓGICA E INTELLECTUAL.—2. GENIO MILITAR Y
POLÍTICO.—3. NACIONALISMO POLÍTICO Y LIBERAL.—BIBLIOGRAFÍA SELECTA.

INTRODUCCIÓN

El esquema teórico más claro para el estudio del nacionalismo es, sin duda, aquel que distingue entre el nacionalismo étnico-cultural y el nacionalismo político, una distinción que ya plantearon en el siglo XIX John Stuart Mill y Lord Acton (1), y en el XX, entre muchos otros, Friedrich Meinecke y

(*) Este ensayo forma parte de un proyecto de investigación sobre la génesis del nacionalismo liberal en la época contemporánea que inicié en enero de 2000 en la Widener Library de la Universidad de Harvard, en Cambridge, Massachusetts. Después de una larga interrupción, el proyecto continúa, y para este ensayo en particular la investigación finalizó en enero de 2004, en el J.W. Miller Learning Resources Center de la Universidad del Estado en Saint Cloud, Minnesota. Se trata, pues, de una modesta aportación en el Bicentenario de la muerte de Alexander Hamilton. Deseo dedicar este trabajo a mis hijos Patrick (Boston, Massachusetts, 1998) y Alice (Saint Cloud, Minnesota, 2001).

(1) J. S. MILL: «Of Nationality...», en A. D. LINDSAY (ed.): *Considerations on Representative Government* (1861), Dent & Sons, London, 1910, cap. XVI. LORD ACTON: «Nationality» (1862), en J. RUFUS FEARS (ed.): *Selected Writings of Lord Acton*, vol. I, Liberty Fund, Indianapolis, 1985, págs. 409 y ss. Hay una traducción española por E. TIerno GALVÁN del mismo ensayo, en la antología de LORD ACTON: *Ensayos sobre la Libertad y el Poder*, en G. HIMMERLARB (ed.), Instituto de Estudios Políticos, Madrid, 1959, págs. 273 y ss.

José Ortega y Gasset (2). Convencionalmente se reconoce a los prerrománticos alemanes, y particularmente a Herder, el descubrimiento de la nación étnica-cultural, mientras la nación política sería el resultado, con Rousseau como inspirador, de la Revolución Francesa y, en concreto, de la contribución del abate Sieyès con su famoso panfleto sobre el Tercer Estado. Al respecto, Isaiah Berlin ha observado que es muy importante comprender que el nacionalismo de Herder nunca fue político, y en ello percibe cierta afinidad con Rousseau: «*If he denounces individualism, he equally detest the State*». Para Herder, como para Nietzsche, el Estado es el más frío de los monstruos, y en palabras que podían ser de Rousseau, «*The State, it robs men of themselves...*». *The State is the substitutive of machinery for life, a prospect, and a reality, that frightened him no less than it did Rousseau...* «*Nature creates nations, no States...*» (3).

No cabe la menor duda respecto al primer tipo de nacionalismo, que no sólo los prerrománticos alemanes, sino también los ilustrados del siglo XVIII elaboraron y desarrollaron, concomitante al concepto de «espíritu de las naciones». Recuérdese que la obra de Voltaire, *Essai sur les moeurs et l'esprit des nations*, data de 1750, y en la misma línea, Montesquieu, Turgot, Condorcet... el historicismo de Leibniz, Arnold, Vico, Hume, Gibbon, Ferguson, Burke... —y entre nosotros, Feijoo, Forner, Capmany, Cadalso, Jovellanos, Martínez Marina, etc. (4)—, y desde otra perspectiva, decisiva para el desa-

(2) F. MEINECKE: *Weltburgertum und Nationalstaat* (1908), obra de la que hay una versión en inglés, *Cosmopolitanism and the National State*, Princeton University Press, Princeton, 1970; J. ORTEGA Y GASSET: «España Invertebrada» (1921), en *Obras Completas*, vol. III, Alianza Editorial, Madrid, 1983. ORTEGA, siguiendo a W. MOMMSEN, desarrolla el concepto de nación política como «sistema de incorporación» frente a los «particularismos». Cuando más tarde describe al Estado como el «gran truchimán» de la nación política, en *La rebelión de las masas*, o.c., vol. IV, pág. 261, lo hace en el mismo sentido en que ACTON usa la expresión «caldero del Estado» («cauldron of the State»), o más tarde en los Estados Unidos se generaliza la expresión «melting pot».

(3) H. KOHN: *The Idea of Nationalism* (1944), Macmillan, New York, 1961, págs. 3 y 579, n. 1, donde el autor señala que «Most historians are agreed upon a modern origin of nationalism: "Nationalism is a child of the French Revolution" (G. P. GOOCH: *Studies in Modern History*, Longmans, London, 1931, pág. 217)». Del mismo autor, *American Nationalism* (1957), Collier, New York, 1961, pág. 15, donde matiza la tesis anterior, concediendo cierta originalidad al caso norteamericano. Véase también: J. G. HERDER: *Obra Selecta*, P. RIBAS (ed.), Alféguara, Madrid, 1982, y E. J. SIEYÈS: *Qué es el Tercer Estado? y otros escritos de 1789*, R. MÁIZ (ed.), Austral, Madrid, 1991; I. BERLIN: *Vico and Herder. Two Studies in the History of Ideas*, The Viking Press, New York, 1976, págs. 180-181 y 162.

(4) F. MEINECKE: *El historicismo y su génesis* (1936), Fondo de Cultura Económica, México DF, 1943. Para explorar los orígenes de sendos nacionalismos contemporáneos, étnico-cultural y político, en la España del siglo XVIII, son iluminadores los capítulos XXI y XXII

rollo de las ciencias sociales, *The Wealth of Nations* de Adam Smith (5) aparece en 1776. Sin embargo, respecto al nacionalismo político, me parece cuestionable el excesivo eurocentrismo que nos lleva a ignorar el extraordinario y decisivo acontecimiento de la Revolución americana, que iniciada en la década de los 1770s se anticipa a la Revolución Francesa en más de veinte años.

En concreto, el objeto de este ensayo es destacar, por razones de justicia histórica e intelectual, la aportación teórica y práctica al concepto de nación política realizada por Alexander Hamilton (1757-1804), líder militar y político de la Independencia, «Founding Father» de una nueva nación, los Estados Unidos de América, coautor y brillante defensor de la Constitución federal, pero, sobre todo, principal ideólogo del nacionalismo político y auténtico «Nation-Builder».

La historiografía, salvo importantes excepciones (6), ha relegado a Hamilton a un segundo plano entre los Padres Fundadores de la nación americana. Claramente Franklin, Washington, Jefferson e, incluso, Adams y Madison, han sido considerados más importantes, especialmente por los autores demócratas y liberales. Aparte del caso de Washington, cuya importancia y preeminencia ha sido convencionalmente incuestionable (aunque hay muchos que opinamos que políticamente era «hamiltoniano»), es un hecho histórico que los Estados Unidos de América, como ha enfatizado repetidamente Michael Lind, es una nación «hamiltoniana» (7). El prestigioso periodista y ensayista político George Will ha observado que «*There is an elegant memorial in Washington to Jefferson, but none to Hamilton. However, if you seek Hamilton's monument, look around. You are living in it. We honor Jefferson, but live in Hamilton's country*» (8).

de la obra de JULIÁN MARÍAS: *España inteligible. Razón histórica de las Españas*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, págs. 261-291. Del mismo autor, *La España posible en tiempo de Carlos III* (1963), Planeta, Barcelona, 1988.

(5) Véase, en especial, el esbozo de las diferencias nacionales en el libro III, «Of the Different Progress of Opulence in different Nations» de la obra de ADAM SMITH: *An Inquiry into the Nature and Causes of the Wealth of Nations* (1776), R. H. CAMPBELL, A. S. SKINNER y W. B. TODD (eds.), 2 vols., Glasgow, 1976.

(6) En particular, por orden cronológico, las obras de FREDERICK SCOTT OLIVER (1906), NATHAN SCHACHNER (1946, 1952), LOUIS M. HACKER (1957), R. B. MORRIS (1957, 1985), B. MITCHELL (1957, 1962, 1976), J. C. MILLER (1959), C. ROSSITER (1964), H. ALEXANDER (1977), J. T. FLEXNER (1978), F. McDONALD (1979), J. E. COOKE (1982), R. BROOKHISER (1999), W. S. RANDALL (2002), S. F. KNOTT (2002) y R. CHERNOW (2004). Véase la bibliografía selecta.

(7) M. LIND (ed.): *Hamilton's Republic*, The Free Press, New York, 1997.

(8) Cit. por STEPHEN F. KNOTT: *Alexander Hamilton and the Persistence of Myth*, University Press of Kansas, Lawrence, 2002, pág. 6.

Es significativo, en términos de cultura política popular, que de los cuatro grandes presidentes cuyas cabezas están esculpidas en la famosa montaña Rushmore en South Dakota (Washington, Jefferson, Lincoln y el primer Roosevelt), todos excepto el segundo eran admiradores de Hamilton y, en cierto sentido, políticamente «hamiltonianos». El más popular de los presidentes del siglo xx e, incluso, con más alta reputación entre los académicos, el segundo Roosevelt, en esencia fue también «hamiltoniano», como han argumentado convincentemente Mead y Lind (9). Mi interés personal por la personalidad y el pensamiento de Hamilton se produjo, por decirlo así, de una forma paradójica. Inicialmente estudié la obra de Jefferson, el más popular y conocido de los ideólogos de la Revolución americana, especialmente por su contribución a la Declaración de Independencia (1776), pero pronto me decepcionó su utopismo político y económico con tonos demagógicos e, incluso, reaccionarios, orientando mi renovado interés hacia la personalidad de James Madison, mucho más interesante desde el punto de vista intelectual y teórico-político. Particularmente, el ensayo de Robert Dahl sobre la democracia «madisoniana» (10) supuso un punto de inflexión en el desplazamiento del interés académico hacia Madison, especialmente en el área de la teoría política empírica, aunque Jefferson mantendrá hasta la fecha su popularidad entre los historiadores y los cultivadores del pensamiento político.

Madison conectó fácilmente con Hamilton, pues como ha indicado Holmes Alexander, «*Their minds had a magnetic attraction for one another*» (11), citando las palabras de elogio a Hamilton que el virginiano pronunció casi al final de su vida (abril, 1831): «*That he possessed intellectual powers of the first order, and moral qualities of integrity and honor in a captivating degree, has been decreed to him by a suffrage now universal*» (12). La colaboración entre ambos durante la Convención de Filadelfia y los meses siguientes es bien conocida y quedó plasmada en ese extraordinario conjunto de ensayos que publicaron con el título *The Federalist* (1787-1788). Madison compartió, durante un período decisivo, las tesis nacionalistas y federalistas de Hamilton, pero su amistad con Jefferson y

(9) M. LIND: *The Next American Nation*, The Free Press, New York, 1995, pág. 377 y W. RUSSELL MEAD: «Progressive Hamiltonianism, Past and Future» (1995), en M. LIND (ed.): *Hamilton's Republic*, ant. cit., pág. 330.

(10) R. DAHL: *A Preface to Democratic Theory*, The University of Chicago Press, Chicago, 1956; H. ALEXANDER: *To Covet Honor. A Biography of Alexander Hamilton*, Western Islands, Belmont, MA, 1977, pág. 110.

(11) *Ibidem*, pág. 267.

(12) *Ibidem*, pág. 218.

presumiblemente por presión de éste, les llevó por caminos políticos diferentes. Como diría su coetáneo con lengua viperina, John Randolph, «*Madison always was some great man's mistress —first Hamilton's, then Jefferson's*» (13).

Madison no era un utópico ni un demagogo, y hay que reconocer que consiguió corregir bastante los defectos de su amigo Jefferson, pero abandonó el nacionalismo que había compartido con Hamilton. Incluso entre hombres de honor, frecuentemente los vicios unen más que las virtudes. Madison y Jefferson eran propietarios de esclavos. Hamilton era antiesclavista. Su contemporáneo el francés Tayllerand, al que el propio Hamilton consideraba el nuevo Maquívelo (y hay que reconocer que tenía méritos para el título), en su obra *Etudes sur la Republique*, afirmó: «*Je considere Napoleon, Fox, et Hamilton comme les trois plus grandes hommes de notre epoque, et si je devais me prononcer entre les trois, je donnerais sans hesiter la premiere place a Hamilton. Il avait devine l'Europe*». Un prestigioso historiador actual, el británico Paul Johnson, ha escrito: «*The truth is Hamilton was a genius —the only one of the Founding Fathers fully entitled to that accolade—and he had the elusive, indefinable characteristics of genius*» (14). Y el no menos prestigioso historiador norteamericano Samuel Eliot Morison, en su obra estándar publicada tres décadas antes, ya había escrito: «*If the character of Washington fortified the new government, the genius of his secretary of the treasury enabled it to function sucessfully*» (15).

Indagaremos las características de este «genio», desarrollando los siguientes apartados:

1. Formación ideológica e intelectual. 2. Genio militar y político. 3. Nacionalismo político y liberal.

1. FORMACIÓN IDEOLÓGICA E INTELECTUAL

En la base de toda formación ideológica —intelectual o moral— se encuentran las creencias (o des-creencias) religiosas de los individuos. Sin embargo, Max Weber percibió claramente que «*en general el hombre moderno es, incluso con la mejor voluntad, incapaz de reconocer la significación que*

(13) *Ibidem*, pág. 292. John C. MILLER: *Alexander Hamilton. Portrait in Paradox*, Harper & Brothers, New York, 1959, pág. xi; JAMES T. FLEXNER, *The Young Hamilton. A Biography*, Little, Brown, Boston, 1978, pág. 449.

(14) P. JOHNSON: *A History of the American People*, Harper, New York, 1997, pág. 218.

(15) E. MORISON: *The Oxford History of the American People*, Oxford University Press, New York, 1965, pág. 323.

tienen las ideas religiosas para la cultura y el carácter nacionales. Pero, por supuesto, no es mi intención sustituir una interpretación causal de la cultura y de la historia materialista unilateral por otra igualmente unilateral espiritualista. Cada una es igualmente posible, pero si no sirven como exploración inicial sino como conclusión de una investigación, igualmente consiguen muy poco en el interés de la verdad histórica» (16). En su ensayo clásico «La ética protestante y el espíritu del capitalismo» (1905), Weber trató de explicar el desarrollo del espíritu del capitalismo en base a las diferencias del «carácter intrínseco permanente de las creencias religiosas (católicas y protestantes), y no sólo en sus situaciones histórico-políticas temporales externas» (17). Las peculiaridades del racionalismo occidental que generan históricamente una filosofía, una ciencia, una técnica, un derecho, un Estado e, incluso, un arte, distintos y nuevos, son las que generan también un racionalismo económico concomitante al capitalismo moderno. Dicho racionalismo occidental es asimismo el resultado de la evolución del conglomerado religioso judeocristiano, culminando en las sectas puritanas que ejecutan el acto final de depuración teológica y de «eliminación de lo mágico en el mundo» (18). Weber encontró en los escritores puritanos europeos y americanos, como Franklin y otros, pertenecientes a las diversas denominaciones, calvinistas o quáqueras, los conceptos éticos fundadores del espíritu del capitalismo, llamando la atención sobre «el hecho de que, sin duda, en el país de nacimiento de Benjamin Franklin (Massachusetts), el espíritu del capitalismo (en el sentido que le damos) estaba presente antes que el propio orden capitalista» (19). Weber no menciona a Hamilton en su obra, pero podría haberlo hecho, ya que su vida y pensamiento ilustran perfectamente el arquetipo, el «tipo ideal», del individuo motivado por convicciones religiosas que le impulsan a la acción económica/política de tipo capitalista/liberal, y que finalmente le conducirán, a través de su experiencia histórica, auténticamente revolucionaria, al descubrimiento del nacionalismo. Es curioso que algunos historiadores norteamericanos, como Edward Mead Earle (1986) y John Patrick Diggins (1996), hayan observado el linaje ideológico y las influencias de Hamilton, a través de Friedrich List, en las concepciones sociológicas, políticas y económicas del propio Max Weber (20).

(16) M. WEBER: *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Unwin, London, 1985, pág. 183.

(17) *Ibidem*, pág. 40.

(18) *Ibidem*, pág. 105.

(19) *Ibidem*, pág. 55.

(20) E. M. EARLE: «Adam Smith, Alexander Hamilton, Friedrich List: The Economic Foundations of Military Power», en PETER PARET (ed.): *Makers of Modern Strategy*, Princeton

Alexander Hamilton, hijo ilegítimo de padre calvinista escocés y madre calvinista de origen hugonote, nació en la pequeña isla de Nevis, en el archipiélago de las Indias Occidentales, en 1755 o 1757 (los biógrafos todavía disputan la fecha exacta, aunque el interesado siempre mantuvo la de 1757). El estigma de su nacimiento y la temprana orfandad (su padre abandonó la familia y su madre murió antes de que Alexander cumpliera 13 años) sin duda explican su carácter pesimista y sus depresiones recurrentes, pero también la extraordinaria voluntad de superación que le convertirán en un niño prodigio y, más tarde, en un «genio». El Hamilton adolescente trabajará con eficacia, desde la muerte de su madre, como empleado contable de la firma mercantil Beckman & Cruger, e iniciará su educación bajo la tutela del reverendo Hugh Knox, ministro de la iglesia presbiteriana, en la isla danesa de St. Croix, adonde se había trasladado la familia antes de su desintegración. «*Knox had already seen in Alexander evidences of a genius*», afirma John C. Miller (21).

Gracias a las conexiones de Cruger y Knox, respectivamente en New York y New Jersey, Hamilton abandona las islas a los quince años y nunca volverá a ellas. Llega a Boston en 1772, viaja a New York City y después a Elizabethtown (New Jersey), donde comienza sus estudios bajo la tutela de dos eminentes políticos de la Nueva Inglaterra, William Livingstone y Elias Boudinot. En 1773, a los 16 años, es aceptado en el King's College (futura Columbia University) y conocerá a dos colegas y asociados políticos para el resto de su vida, Robert Troup y John Jay. Más tarde, comenzada la guerra, conocerá también a John Laurens —el amigo más íntimo— y al general Washington.

Henry Laurens de South Carolina (padre de su amigo John), John Jay de New York y Elias Boudinot de New Jersey, llegarán a ostentar la presidencia anual, en 1777-1778, en 1778-1779 y en 1782-1783, respectivamente, del Congreso Confederado de los Estados Unidos independientes, es decir, la Jefatura del Estado de la nueva nación antes de la ratificación de la Constitución federal y de la elección del primer presidente federal, George Washington, con quien Hamilton estará asociado desde 1776. Resulta extraordinario que un joven inmigrante y sin familia tuviera la suerte y la capacidad de establecer tan pronto relaciones personales estrechas con algunos de los más importantes líderes de la nueva nación. Antes de cumplir los 18 años, Hamilton escribe ya dos folletos políticos en favor de la causa «nacional» de las

University Press, Princeton, NJ, 1986, págs. 320 y ss.; J. P. DIGGINS: *Max Weber. Politics and the Spirit of Tragedy*, Basic Books, New York, 1996, págs. 55, 61, 79, 252.

(21) J. C. MILLER, ant. cit., pág. 5; B. MITCHELL: «The Man Who Discovered Hamilton (Hugh Knox)», *Proceedings New Jersey Historical Society*, LXIX, 1951.

colonias (un año más tarde, Estados Unidos), «A Full Vindication of the Measures of Congress» (1774), y «A Farmer Refuted» (1775), en los que demuestra una sorprendente madurez intelectual y política. «*Religion, his roommate (Troup) said, was very significant part of his friend's life. In addition to church attendance, Alexander prayed on his knees morning and night, apparently aloud, for Troup said that he was affected by the young man's fervor and eloquence. Well read on religious subjects and a zealous believer in the fundamentals of Christian doctrine...*» (22), pero al mismo tiempo poseía ya un amplio conocimiento de la historia y la constitución de Inglaterra, y asimismo de los autores clásicos y modernos en pensamiento político: Aristóteles, Cicerón, Séneca, Plutarco, Maquiavelo, Hobbes, Grocio, Locke, Montesquieu, Rousseau, Puffendorf, Burlamaqui, Blackstone, Hume... Según Holmes Alexander, y está registrado en el volumen I de la edición de *The Papers of Alexander Hamilton*, en 1773 Hamilton hizo una lista de los 27 libros que poseía (todos eran de historia y filosofía política antigua y medieval) y sus lecturas se incrementaron en los años siguientes con un interés adicional por la economía política: Malachy Postlethwayt, James Steuart, Adam Smith, Petty, Colbert, Necker... (23).

H. Alexander atribuye a Hamilton un artículo titulado «Rules for Statesmen», que habría publicado en la *Gazette de St. Croix* antes de su marcha al continente, en el que exaltaba la constitución británica y la figura del Primer Ministro: «*a man in that post could bring honours to his monarch and achieve enlargement of his own power*» (24), frase en la que estaría condensado algo esencial de su pensamiento político posterior. Cuando escribe «A Full Vindication...» sigue siendo fiel a los principios de la constitución inglesa, pero subraya que:

«The absolute sovereignty of parliament does not imply our absolute slavery; that it is a Christian duty to submit to be plundered of all we have, merely because some of our fellows-subjects are wicked enough to require it of us, that slavery, so far from being a great evil, is a great blessing; an even, that our contest with Britain is founded entirely upon the petty duty of 3 pence per pound on East India tea; whereas the whole world knows, it is built upon this interesting question, whether the inhabitants of Great Britain have a right to dispose of the lives and properties of the inhabitants of

(22) M. B. HECHT: *Odd Destiny. The Life of Alexander Hamilton*, Macmillan, New York, 1982, pág. 19.

(23) *Ibidem*, págs. 21, 23; J. C. MILLER, ant. cit., pág. 46; H. ALEXANDER, ant. cit., págs. 13, 15, 27; J. T. FLEXNER, ant. cit., págs. 72-73; J. E. COOKE: *Alexander Hamilton*, Scribner's Sons, New York, 1982, págs. 8, 22-23.

(24) H. ALEXANDER, ant. cit., pág. 5.

America, or not?... that Americans are entitled to freedom, is incontestible upon every rational principle... Besides the clear voice of natural justice in this respect, the fundamental principles of the English constitution are in our favour» (25).

Los argumentos del joven Hamilton en defensa de la autonomía de las colonias no difieren sustancialmente de los utilizados por los ideólogos «patriotas» del Congreso Continental, pero resulta curioso advertir ya en sus tempranos escritos unos supuestos filosófico-políticos poco comunes entre los intelectuales de su tiempo, un pesimismo antropológico en la tradición de Hobbes y Hume, que se manifestaría en una desconfianza hacia la virtud como fundamento de la *res publica*, tal como postulaba una línea de pensamiento moderno que va desde Maquiavelo a Montesquieu, y un escepticismo respecto a la democracia popular, que por influencias de Rousseau y de la propia tradición asamblearia de las colonias y sectas puritanas, se manifiesta en los líderes más radicales y también en Franklin, Jefferson y Paine.

Hamilton cree que la política no debe fundarse en la virtud, sino en el interés: «*A vast majority of mankind is interely biassed by motives of self-interest*», escribe en *A Full Vindication...*, y más tarde, en una carta a Gouverneur Morris (mayo de 1777): «*Compound governments, though they may be harmonious in the beginning, will introduce distinct interests, and these interests will clash, throw the state into convulsions & produce change or dissolution*» (26). Es posible reconocer en esta breve frase una de las primeras formulaciones de una concepción de la política basada en la lucha de clases.

Igualmente encontramos ya en sus primeros escritos un claro alegato contra la democracia popular y una justificación de la democracia elitista:

«In times of such commotion as the present —escribe en una carta a John Jay (noviembre de 1775)— while the passions of men are worked up to an uncommon pitch there is great danger of fatal extremes. The same state of the passions which fits the multitude, who have not a sufficient stock of reason and knowledge to guide them, for opposition to tyranny and oppression, very naturally leads them to a contempt and disregard of all authority. The due medium is hardly o be found among the more intelligent, it is almost impossi-

(25) A. HAMILTON: *The Papers of Alexander Hamilton*, HAROLD C. SYRETT y otros (eds.), 27 vols., Columbia University Press, New York, 1961-1987, vol. I, págs. 45 y ss. Siempre que sea posible citare la excelente y manejable antología de ALEXANDER HAMILTON: *Writings*, JOANNE B. FREEMAN (ed.), The Library of America, New York, 2001, págs. 10-12.

(26) A. HAMILTON: *Writings*, págs. 18, 46.

ble among the unthinking populace». Y en la carta antes citada a Gouverneur Morris: «But a representative democracy, where the right of election is well secured and regulated & the exercise of the legislative, executive and judiciary authorities, is vested in select persons, chosen really and not nominally by the people, will in my opinion be most likely to be happy, regular and durable» (27).

Hamilton rechaza muy claramente los conceptos teóricos abstractos de la democracia desde una perspectiva realista: interés *versus* virtud, élites *versus* masas. Con la conocida excepción de John Adams, Hamilton es probablemente uno de los pocos ideólogos americanos que tiene un sentido tan marcadamente empírico y escéptico de la política en una fase tan temprana de la revolución colonial. La concepción elitista de la democracia (como meritocracia), que en Europa no se formulará intelectualmente hasta mediados o finales del siglo XIX, tiene en este joven criollo calvinista, de 18 ó 19 años, un claro precursor en términos muy claros y expresivos: «the political pilots» *versus* «the multitude», «the more intelligent» *versus* «the unthinking populace», «the select persons» *versus* «the people», etc. Como ocurrirá con muchas de sus ideas políticas, no será hasta fases posteriores del proceso político norteamericano cuando sean aceptadas sin reticencias por muchos de sus contemporáneos pertenecientes a la propia élite o clase política.

Durante el período 1773-1776 el joven Hamilton inicia los estudios de Derecho en el King's College, que nunca concluirá. Cuando comienza la agitación política, tras el Boston Tea Party en diciembre de 1773, participa en un mitin de masas («Meeting in the Fields») en la ciudad de New York el 6 de julio de 1774, en el que denuncia los abusos de la Corona británica. Sin embargo, en una manifestación popular posterior, en mayo de 1775, que se tornó violenta contra los Tories, actuó con gallardía en defensa del presidente del King's College, el reverendo Myles Cooper. Este incidente será típico de su carácter e ideología política: a favor de la causa general, popular, contra la tiranía imperial, pero defensor de las minorías —incluso las ideológicamente rivales—, por un cierto instinto de repulsa hacia la otra forma de tiranía, la de las masas.

Una de las características de su inteligencia precoz y genial era la de pensar «estratégicamente». Cuando publica en febrero de 1775 el folleto «The Farmed Refuted...», mucho antes de que comience propiamente la guerra de independencia, Hamilton analiza perspicazmente el futuro escenario del conflicto e identifica a los aliados potenciales, pero no desecha la idea de que en un futuro se restablezca la amistad o alianza «especial» con el Reino

(27) A. HAMILTON: *Writings*, págs. 44, 46-47.

Unido, que efectivamente va a ser el destino histórico de las relaciones anglo-norteamericanas:

«France, Spain, and Holland would find means to supply us with whatever we wanted... A more desirable object to France and Spain, than the disunion of the colonies from Great-Britain, cannot be imagined» (...). «I verily believe also, that the best way to secure a permanent and happy union, between Great-Britain and the colonies, is to permit the latter to be as free, as they desire... That harmony and mutual confidence may speedily be restored between all the parts of the British empire, is the favourite wish of one, who feels the warmest sentiments of good will to mankind, who bears no enmity to you, and who is, A sincere Friend to America» (28).

En 1776, con la Declaración de Independencia de las antiguas colonias, que adoptan ya oficialmente el nombre de Estados Unidos de América, comienza una nueva etapa que será decisiva en la trayectoria política de Alexander Hamilton.

2. GENIO MILITAR Y POLÍTICO

Uno de los autores favoritos de Hamilton, Plutarco, al que leyó y anotó incluso durante los momentos más atareados de la guerra revolucionaria (*The Pay Book*, 1777), anuncia al principio de su famosa obra, *Vidas de los nobles griegos y romanos*, su propósito de no sólo biografar los protagonistas de la historia, sino también beneficiarse de las virtudes de los grandes hombres (29). Precisamente «gran hombre» y «genio» son los calificativos que con más frecuencia encontramos en los historiadores y biógrafos al tratar de resumir el significado histórico y político de Alexander Hamilton. Ya mencionamos la opinión de su coetáneo y experto en asuntos políticos, Taylorand, que no sólo lo incluye, sino que también lo destaca entre «les trois plus grandes hommes de notre époque», iniciando así la mitología hamiltoniana. El primer gran historiador europeo que escribe sobre Hamilton, lord Acton, le califica «the great American» y «genius».

El primero de sus biógrafos, su amigo Fisher Ames, en un breve ensayo, *A Sketch of the Character of Alexander Hamilton*, escrito inmediatamente después de su muerte en julio de 1804, emplea dos veces el término «genius» y al menos una vez «great man» refiriéndose a Hamilton: «to delineate

(28) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. I, págs. 159 y 165.

(29) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. I, págs. 391 y ss.; PLUTARCH: *Lives of the Noble Greeks*, EDMUND FULLER (ed.), Dell, New York, 1959, pág. 7.

genius one must feel its power»... «his comprehensive genius»... «the most substantial glory of a country is in its virtuous great men». Y por ahora el último, Richard Brookhiser, en la introducción de su biografía, «Alexander Hamilton: American», deja ya claro que *«he was a great man»* (30). El término «genio» es el más recurrentemente empleado. John C. Miller nos relata que hacia 1772 el reverendo Hugh Knox, en la isla de St. Croix, ya había observado en el joven Hamilton evidencias de un genio (31). Durante la Convención de Filadelfia, uno de los delegados manifestaría *«Who could look at his features and not see that they are ineffaceably stamped by the divine hand with the impress of genius?»* (32), y sobre su actuación en el año 1787, el gran constitucionalista James Kent afirmaría: *«in genius and political research, is no inferior to Gibbon, Hume and Montesquieu».* Vandenberg, en su obra apologética, *The Greatest American* (1921), amplía el elogio de Kent, y agrega: *«Hamilton displayed a genius for concrete creation, in systems and machinery of government»* (33). El prestigioso biógrafo de George Washington, James T. Flexner, en su aproximación biográfica al joven Hamilton, llega a ser reiterativo: atribuye a Robert Troup, su compañero de cuarto en King's College la opinión de que que Hamilton *«made extraordinary displays of richness of genius and energy of mind»*, y tomando la cita de Gertrude Atherton, atribuye al propio Washington la frase que le dirige a su joven colaborador: *«You are my good genius».* El propio Flexner insiste en los mismos términos en diferentes momentos: Hamilton tuvo *«an amazing trajectory of genius»*, estuvo *«fired by genius»*, fue *«one of the greatest of the Founding Fathers... with worshipers of his genius».* Más adelante, vuelve a calificarle *«the young genius»* y llega a afirmar que *«Hamilton's genius built national unity»* (34). Aparte de Washington, como indica Knott, probablemente el más celoso admirador de Hamilton entre los habitantes de la Casa Blanca fue Theodore Roosevelt, quien afirmó que, a su juicio, había sido *«the most brilliant American statesman who ever lived, possessing the*

(30) Véase nota 14. LORD ACTON, en una recensión de un libro sobre HAMILTON (1864), y en «The Influence of America» (1895), en *Selected Writings of Lord Acton*, ant. cit., págs. 214 y 210; F. AMES, en SETH AMES (ed.): *Works of Fisher Ames*, vol. II, Little, Brown, Boston, 1854, págs. 258, 260, 263; R. BROOKHISER: *Alexander Hamilton: American*, The Free Press, New York, 1999, pág. 11.

(31) J. C. MILLER, ant. cit., pág. 5.

(32) H. ALEXANDER, ant. cit., pág. 164.

(33) *Ibidem*, pág. 189; A. H. VANDENBERG: *The Greatest American: Alexander Hamilton. An Historical Analysis of His Life and Works together with a Symposium of Opinions by Distinguished Americans*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1921, págs. 274, 317.

(34) J. T. FLEXNER, ant. cit., págs. 63, 143, 4, 6, 376, 436.

loftiest and keenest intellect of his time... a man of brilliant audacity and genius» (35). Para terminar, Alexander cita asimismo a dos expertos en la historia financiera de los Estados Unidos, P. Studenski y H. E. Kross que consideran que en su capacidad administrativa Hamilton demostró «*brilliance and executive genius»* (36), y el biógrafo-editor de *The Papers*, Jacob E. Cooke, resume que su personalidad estaba dotada con «*the unaccountable endowment of genius»* (37). En fin, ya citamos antes la opinión de dos eminentes historiadores generales de la nación americana, Morison y Johnson, con un intervalo de tres décadas entre sus respectivas obras (38).

La genialidad de Hamilton consistió en percibir, durante el período 1776-1787, con más claridad y antes que nadie, probablemente porque era un inmigrante sin raíces locales, que la independencia llevaba ineluctablemente a la creación de una nueva nación, por encima de los patriotismos de las antiguas colonias transformadas en nuevos estados, y que un gobierno central fuerte y enérgico —un Estado nacional y federal— era el único instrumento para la consolidación de la nueva comunidad política. Su nacionalismo político era, por tanto, integrador, y pese al énfasis en un ejecutivo fuerte, profundamente liberal y constitucional. Desde 1787 hasta el final de su vida, la genialidad de Hamilton se manifestó en su capacidad de implementar con imaginación política y administrativa tales objetivos, y en una visión certera del futuro de la nueva nación, tanto en el ámbito económico-social como en el de las relaciones internacionales.

En el contexto de una guerra de independencia, y por tanto revolucionaria, el factor militar y el factor político constituyen un binomio inseparable. Hamilton, pese a su juventud, exhibirá inmediatamente unas dotes militares y políticas extraordinarias en el proceso que se inicia en 1776, que le convertirán en el arquetipo casi único del nacionalista en acción. Lo que lord Acton, en las mismas fechas que elaboraba su teoría sobre la nacionalidad y distinción de los nacionalismos, percibió en el «Hamilton's system» como ilustración del nacionalismo político, «*the political nation... the nationality formed by the State»*, y el sentido en que varios de sus biógrafos (Arthur H.

(35) S. F. KNOTT, ant. cit., pág. 87.

(36) H. ALEXANDER, ant. cit., pág. 445.

(37) J. E. COOKE, ant. cit., pág. 4.

(38) Véase nota 15. Existe incluso una temprana biografía que lleva el adjetivo «genius» en el propio título: FERNANDO WOOD: *An Address on the Genius, Public Life, and Opinions of Alexander Hamilton, delivered at Richmond, Va., May 9, 1856*, Evander Childs, New York, 1856.

Vandenberg, Nathan Schachner, Louis M. Hacker, John C. Miller, Holmes Alexander) le califican «Nation-builder» (39).

El 2 de abril de 1776 el Comité de Seguridad del Congreso Provincial de New York nombra a Hamilton capitán de una compañía de artillería. Iniciadas las hostilidades, participa desde octubre en las operaciones del ejército Continental en New Jersey. El 20 de enero de 1777 el general George Washington le escribe pidiéndole su incorporación como Aide-de-Camp en el Staff del Comandante en Jefe del ejército rebelde, ascendiéndole a teniente coronel (40). Aparte de consejero estratégico y encargado de la numerosa correspondencia militar y política de Washington, Hamilton se responsabiliza muy pronto del trabajo de inteligencia. El 20 de marzo de 1777, desde el cuartel general en Morristown, New Jersey, dirige ya una carta al Comité de Correspondencia de New York —formado por tres amigos suyos, William Allison, Robert R. Livingstone y Gouverneur Morris—, en la que se compromete a enviar datos («inteligencia cruda»), y análisis («inteligencia elaborada»): «... *such pieces of intelligence as shall be received and such comments upon them as shall appear necessary...*» (41).

Según J. E. Cooke, Hamilton elaboró informes de inteligencia basados en la información de residentes en las zonas ocupadas por las tropas británicas, de prisioneros y desertores. Asimismo, como consta en algunas cartas recopiladas en *The Papers*, información proveniente de París, de Benjamin Franklin y posiblemente otras fuentes. Del 18 de mayo 1779 se conserva una carta, oficialmente firmada por Washington, pero redactada por Hamilton, dirigida a Juan de Miralles, pidiéndole que entregue una carta confidencial al gobernador de Cuba. Miralles era un comerciante de La Habana y «the Spanish Agent to the American States» en el momento que se negociaba la participación española en la guerra contra Gran Bretaña.

Pero aparte de la importantísima labor de inteligencia, Hamilton desarrolló, como se aprecia en la correspondencia de estos años, una coordinación de los trabajos de organización y administración militares, consciente de que en ese momento el General Staff era el cerebro y el Ejército Continental el

(39) LORD ACTON: «Political Causes of the American Revolution» (1861), y «Nationality» (1862), en *Selected Writings of Lord Acton*, ant. cit., págs. 224 y ss., y págs. 427-429, respectivamente; R. B. MORRIS (ed.): *Alexander Hamilton and the Founding of the Nation*, The Dial Press, New York, 1957, pág. x; A. H. VANDENBERG, ant. cit., págs. 69, 109; N. SCHACHNER: *Alexander Hamilton: Nation Builder*, McGraw-Hill, New York, 1952; LOUIS M. HACKER: *Alexander Hamilton in the American Tradition*, McGraw-Hill, New York, 1957, pág. 246; J. C. MILLER, ant. cit., pág. 85; H. ALEXANDER, ant. cit., pág. 212.

(40) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. I, págs. 183 y 196.

(41) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. I, pág. 209.

núcleo material vertebrador del nuevo Estado. Véase, por ejemplo, la importante carta que dirige el 14 de marzo de 1779 a su amigo John Jay, Presidente entonces del Congreso Continental, recomendando el reclutamiento de varios batallones de soldados negros, abriendo así las puertas a su emancipación. «*It was a period during which he first realized his intellectual and administrative potential... And, paradoxically, —observa Cooke— the very birthright that Hamilton lacked was a source of his ardent advocacy of American Nationalism. Unlike most of his contemporaries his ties to a section or state were weak; his deepest commitment was to the New Nation*» (42).

El 3 de septiembre de 1780 escribe una larga carta a su amigo James Duane, delegado en el Congreso por New York, en la que analiza los defectos del sistema confederal y expone todo un programa de reformas militares, políticas y económicas, favoreciendo un gobierno central y proponiendo una convención para revisar la Confederación. Se trata de una síntesis del programa político esencial que debería realizarse en el futuro inmediato, tras el fin de la guerra, para consolidar la unión nacional: federalismo, ejecutivo fuerte, administración enérgica y eficaz mediante secretarías de Estado, banco nacional, y ejército profesional permanente:

«*Congress would then have a solid basis of authority and consequence, for to me it is an axiom that in our constitution an army is essential to the American union*» (43).

La unión nacional y los peligros para la propia independencia nacional serán su constante preocupación hasta la Convención de Filadelfia en 1787, como queda reflejado en la serie de artículos que escribe a partir de 1781 con el título *The Continentalist*. Su proyecto es, por tanto, el de un Estado continental, que en ciertos momentos posteriores expresará una voluntad decididamente imperial, en el sentido de gran nación territorial, frente a las pretensiones imperiales de las potencias europeas. En este aspecto, Hamilton es el precursor de la «doctrina Monroe».

Su admiración por Julio César provocará entre sus rivales políticos suspicacias y veladas acusaciones de «bonapartismo», pero Hamilton siempre las rechazará, reafirmando su lealtad al régimen republicano y constitucional. Algunos estudiosos en el siglo XX, cegados por sus simpatías jeffersonianas (D. Malone, J. Boyd, A. Koch, D. Adair...) han insinuado también que Hamilton fue «a closet Caesar», pero dos imparciales y rigurosos esco-

(42) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. I, pág. 212; vol. II, pág. 49. «La carta a J. Jay», en vol. II, págs. 17-19, y en *Writings*, págs. 56-58; J. E. COOKE, ant. cit., págs. 15-16.

(43) A. HAMILTON: *Writings*, pág. 80.

lares, el historiador Samuel E. Morison y el politólogo Stephen F. Knott, tras investigar detalladamente el tema, han concluido que no existe la mínima evidencia de ello (44).

En *The Continentalist*, núm. VI (4 de julio de 1782), Hamilton advierte que los riesgos inmediatos para la unión nacional no sólo residen en las fuerzas centrífugas de los estados, sino también en los conflictos de las clases, especialmente la avaricia de los terratenientes y su incomprensión de los intereses del comercio y la industria:

«The avarice of many of the landholders will be opposed to a perpetual tax upon land, however moderate... Nothing can be more mistaken than the collision and rivalry, which almost always subsist between the landed and trading interests» (45).

Como en el nacionalismo político occidental que se desarrollará a partir del siglo XIX polémicamente con el socialismo, plantea la posibilidad de que los intereses de las clases, y de las regiones, lejos de la confrontación y eliminación recíprocas, puedan encontrar un interés común:

«There is something noble and magnificent in the perspective of a great Federal Republic, closely linked in the pursuit of a common interest, tranquil and prosperous at home, respectable abroad; but there is something proportionably diminutive and contemptible in the prospect of a number of petty states, with the appearance only of union, jarring, jealous and perverse, without determined direction, fluctuating and unhappy at home, weak and insignificant by their dissention, in the eyes of other nations. Happy America! If those, to whom thou hast intrusted the guardianship of thy infancy, know how to provide for thy future repose; but miserable and undone, if their negligence or ignorance permits the spirit of discord to erect her banners on the ruins of thy tranquility!» (46).

En la invocación final, se percibe la conciencia y la voluntad de Hamilton de asegurar que una «minoría selecta» asuma la responsabilidad de garantizar la unión nacional. La única organización que, al término de la guerra él ve con capacidad —hay que tener en cuenta que todavía no existen los partidos políticos y que hay cierta desconfianza hacia las «facciones»— es la Sociedad de los Cincinatos, presidida por el General Washington y constituida como una aristocracia de oficiales veteranos de la Independencia, según manifiesta en una «Circular Letter to the State Societies of Cincinnati» (noviembre de 1786):

(44) S. F. KNOTT, ant. cit., págs. 215, 219.

(45) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. III, págs. 101-102.

(46) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. III, pág. 106.

«... in a voluntary association, to support, by all means consistent with the laws, that noble fabric of United Independence... favorable to the preservation of that Union...» (47).

Pero tras la guerra y el reconocimiento internacional que se inicia con el tratado de París (1783), será inevitable que la nueva fase de consolidación de la nación norteamericana y del sistema constitucional remita al ámbito de la política y, por tanto, de las «facciones» y partidos. Precisamente el 8 de abril de 1783, desde Filadelfia, envía Hamilton una carta a Washington en la que insinúa la inevitabilidad de los partidos políticos: «*There are two classes of men Sir in Congress —le informa— of very Different views —one attached to state, the other to Continental politics (...) I have gone into these details to give You a just idea of the parties in Congress. I assure You upon my honor Sir I have given you a candid state of facts to the best of my judgment. The men against whom the suspicious You mention must be directed are in general he most sensible the most liberal, the most independent and the most respectable characters in our body as well as the most unequivocal friends to the Army. In a word they are the men who think continentally*» (48).

Hamilton tiene ya en la mente la necesidad de organizar un partido, el primero en la era constitucional, de hombres «que piensen continentalmente», y hasta es posible que antes que Federalist, el nombre que tenía proyectado fuera Continentalist Party. El Partido Federalista que se formará finalmente, a iniciativa de Hamilton, como partido de notables o élites, tendrá un papel hegemónico bajo su liderazgo durante el período 1787-1800. En una primera fase, que abarca los años 1787-1792, es de creación y publicidad del programa esencial del Federalismo, a partir del núcleo original de la idea nacionalista. En las elecciones de 1792 convencionalmente se reconoce la emergencia de los Federalistas y los Republicanos-demócratas como partidos competitivos (49).

A partir de 1787 se confirma también el genio político de Hamilton, y es suficiente recordar su activa participación en la Convención de Filadelfia y la realización de ese monumento intelectual a la Constitución y a la teoría política contemporánea que son los ensayos de *The Federalist* (1787-1788), redactados con la colaboración de James Madison y John Jay. Viene a continuación la etapa del Hamilton estadista, que se inicia en 1789 con su nom-

(47) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. III, pág. 695.

(48) Citado por S. G. KURTZ (ed.): *The Federalists: Creators and Critics of the Union, 1780-1801*, John Wiley & Sons, New York, 1972, págs. 20-23.

(49) *Congressional Quarterly's Guide To U.S. Elections*, third edition, JOHN L. MOORE (ed.), C.Q. Inc., Washington DC, 1994, pág. 9.

bramiento como Secretario del Tesoro y virtual «Primer Ministro», que culmina en 1800, tras la muerte de Washington, en que Hamilton le sucede como Presidente de la Sociedad de los Cincinatos y virtual Comandante en Jefe del Ejército.

Leyendo las notas dispersas que Hamilton escribió durante el mes de junio de 1787 en la Convención, es interesante destacar algunas frases sueltas que esbozó: «*Every government ought to have the means of self preservation... Combinations of a few large states might subvert... British constitution best form... Aristotle-Cicero-Montesquieu-Necker... Impossible to secure the Union by any modification of foederal government... Energy in the executive... In short, to interest all the passions of individuals... And turn them into that channel...*» (50). Tenemos, asimismo, cuatro versiones resumidas de su famoso *Speech on a Plan of Government* (18 de junio) que duró 6 horas: las de James Madison, Robert Yates, John Lansing y Rufus King.

Lo esencial lo repetirá en *The Federalist*, y sólo nos interesa ahora subrayar su tesis de la defensa de la Constitución y de la Nación: defensa política (número 70, marzo de 1788): «*a vigorous executive... energy in the executive... unity of the excutive...*» y defensa jurídica (número 78, mayo de 1788): «*complete independence of the courts of justice... constitution as a fundamental law*», imperio de la ley y constitucionalidad de las leyes, «*judicial discretion (judicial review)... independence of the judges...*» (51).

H. Alexander resume su contribución como estadista con algunos calificativos que aparecen reiteradamente en las opiniones y juicios de diversos observadores de su actuación pública: «*He was not a climber, but a Nation-BUILDER... The American Prime Minister... Master of government and not merely Secretary of the Treasury... Executive Governor of the United States... The Hamiltonian State...*». Y su rival político dentro del propio Partido Federalista, John Adams, reconocerá que «Hamilton era Virrey bajo Washington y él (Adams), Virrey bajo Hamilton... el auténtico Regente de América...» (52).

Los textos fundamentales de Hamilton durante esta etapa son la gran trilogía que expresa su visión y su doctrina de un nacionalismo económico, y que inspirarán el marco institucional de la América industrial y financiera: *Report on the Public Credit* (enero de 1790), *Report on a National Bank* (diciembre de 1790) junto al magnífico comentario en que expone su teoría de

(50) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. IV, págs. 176, 184-187.

(51) A. HAMILTON: *Writings*, núm. 70, págs. 374, 375, 382 y núm. 78, págs. 422, 423, 424.

(52) H. ALEXANDER, ant. cit., págs. 212, 213, 226, 290, 303, 324.

«los poderes implícitos», *Opinion on the Constitutionality of a National Bank* (febrero de 1791), y *Report on the Subject of Manufactures* (diciembre de 1791). Como es sabido, la controversia sobre el programa económico de Hamilton y su orientación anglófila en política exterior contribuirán a la demarcación definitiva de posiciones y la emergencia de los dos partidos rivales en las elecciones de 1792.

Aunque dimita del gobierno a principios de 1795, continuará asesorando al presidente y a los secretarios en todos los asuntos de Estado, especialmente los económicos, diplomáticos, estratégicos y militares. Al final del segundo mandato de Washington, Hamilton redactará el borrador de ese himno a la libertad, a la democracia representativa y al patriotismo que es *The Farewell Address* (1796). A propuesta de Washington, en julio de 1798 será nombrado Inspector General del Ejército y ascendido a Major-General por el presidente Adams, asumiendo la responsabilidad de organizar el Ejército Nacional permanente y, de hecho, la función de segundo al Comandante en Jefe.

Por las mismas fechas observa «con disgusto, el espectáculo de la Revolución francesa (...) que mina los venerables pilares que soportan una sociedad civilizada...» En unas reflexiones de resonancias burkeanas, con el título *The Stand* (publicadas en siete ensayos a lo largo de abril de 1798), en que reaparece su sentido puritano de la historia y de la política, critica el ateísmo y anticristianismo de la Convención y del propio Bonaparte, con la tesis de fondo —que ya había planteado en *The Farewell Address*: «Can we believe, can we in prudence suppose that national morality can be maintained in exclusion of religious principles?» (53)— de que en toda comunidad la moralidad se sustenta en la religión. Según Lycan, en ese momento Hamilton no sólo era el líder de los Federalistas, sino el líder de la Nación: «Hamilton's influence over the national government was never more powerful» (54). Es casi uno de los últimos escritos de Hamilton que por su sinceridad religiosa, profundidad nacionalista liberal y visión del futuro de las relaciones internacionales, en la era de las revoluciones ideológicas, merece citarse en extenso:

«The enlightened friend of America never saw grater occasion of disquietude than at the present juncture. Our Nation, thro its official organs, had been treated with studied contempt and systematic insult (...) Honest men of all parties will unite to maintain and defend the honor and the sove-

(53) A. HAMILTON: *Writings*, pág. 863.

(54) G. L. LYCAN: *Alexander Hamilton and Foreign Policy*, University of Oklahoma Press, Norman, OK, 1970, págs. 338-339.

reignty of their country. The crisis demands it (...). The politician, who loves Liberty, see them with regret as a gulph that may swallow up the Liberty to which he is devoted. He knows that morality overthrown (and morality must fall with religion) the terrors of despotism can alone curb the impetuous passions of man, and confine him within the bounds of social duty (...) Like the prophet of Mecca, the tyrants of France press forward with the alcoran of faith in one hand, and the sword in the other - They proselyte, subjugate and debase - no distinction is made between Republic and Monarchy - all must alike yield to the aggrandizement of the "Great Nation"... the "Universal Empire"...».

Analizando las tendencias del imperialismo francés, considera como inevitables la reorganización de Alemania, el intento de demolición del Reino Unido y la subversión de Portugal, España y su imperio americano.

«The character of the actual Directory of France justifies the imputation to them of any project the most extravagant and criminal. Viewed internally, as well externally, their conduct is alike detestable. They have overturned the Constitution (...) and have erected in its stead a military despotism (...) Perhaps under the guidance of Sieyès, the conjuror of the scene, they judged it expedient to continue in motion the revolutionary wheel, till matters were better prepared for creating a new dynasty and a new aristocracy, to regenerate the exploded monarchy of France with due regard to their own interest (...). The inevitable conclusion from facts which have been presented is, that Revolutionary France has been and continues to be governed by the spirit of proselytism, conquest, domination and rapine (...) Such is the present Era of French fanaticism... It is the fervent wish of patriotism that our councils and Nation may be united and resolute (...) — 'tis the safety, 'tis the welfare of the Country—... Americans! Rouse! Be unanimous be virtuous be firm, exert your courage, trust in heaven and nobly defy the enemies both of God and Man!» (55).

Durante los últimos años de su corta vida Hamilton desarrolló también, casi siempre con éxito, una gran actividad en la abogacía y los negocios (entre otros, la fundación del diario *The New York Post*, decano hoy de la prensa norteamericana), sin abandonar la intriga política, como líder de facto de los Federalistas, en sus enfrentamientos con Adams, Jefferson y finalmente con Burr. En fin, no hay que olvidar su noble dedicación durante mucho tiempo a la causa abolicionista en la «Society for Promoting the Manumission of Slaves», y asimismo a la integración y educación de los indios americanos.

(55) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. XXI, págs. 381, 402, 404-405, 407-408, 414-415, 417, 434, 436, 440.

No es el objetivo de este trabajo analizar esta etapa de su biografía política, por otra parte bien conocida y estudiada. Nuestro interés, como reza el subtítulo, es destacar su contribución y originalidad en la génesis del nacionalismo político contemporáneo. Su actividad política desde 1787 —como hombre de partido y como hombre de Estado— no es más que la consecuencia lógica de unas ideas que estaban ya muy perfiladas en su mente.

3. NACIONALISMO POLÍTICO Y LIBERAL

Los análisis y debates actuales sobre los nacionalismos étnico-cultural y político se han complicado extraordinariamente desde la época de John Stuart Mill y lord Acton, principalmente por el resurgimiento de los nacionalismos regionalistas y particularistas/separatistas en Europa (y Canadá) tras el final de la Guerra Fría y los concomitantes fracasos de las ideologías comunista y socialista. Pero también en gran medida por la moda ideológica, por no decir epidemia, del multiculturalismo, el posmodernismo y la «de-construcción» en los ámbitos intelectuales, con una marcada obsesión antioccidental («the West and the Rest»), que se ha manifestado en un resurgimiento de las Leyendas Negras: desde el antiespañolismo al antiamericanismo. Finalmente, ha contribuido también la habilidad de los propios politólogos, sociólogos y antropólogos para complicar las cosas más de lo necesario. Una muestra reciente es el artículo de Arash Abizadeh, publicado en la *American Political Science Review*, septiembre de 2002, en el que argumenta confusamente contra diversos autores, pero principalmente Dominique Schnapper, David Miller y el prestigioso especialista en materia de nacionalismo, Ernest Gellner, postulando que «*the failure of these cultural nationalist arguments clears the way for a normative theory of liberal democracy in multicultural and post-national contexts*» (56).

(56) A. ABIZADEH: «Does Liberal Democracy Presuppose a Cultural Nation?», *American Political Science Review*, septiembre, 2002, págs. 495 y ss. Los principales autores y obras impugnados confusamente por ABIZADEH son E. GELLNER: *Nations and Nationalism*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1983; D. SCHNAPPER: *La communauté des citoyens: sur l'idée moderne de nation*, Gallimard, París, 1994 y D. MILLER: *On Nationality*, Oxford, Clarendon Press, 1995. Véase, además, entre la literatura en lengua inglesa sobre el tema desde los noventa (por orden cronológico de publicación): HOMI K. BHABHA (ed.): *Nation and Narration*, New York, 1990; RICHARD G. FOX (ed.): *Nationalist Ideologies and the Production of National Cultures*, Washington DC, 1990; ERIC HOBBSBAWN: *Nations and Nationalism since 1780*, Cambridge University Press, Cambridge, 1990; MARJORIE RINGROSE y ADAM J. LERNER (ed.), *Reimagining the Nation*, Philadelphia, 1993; Y. TAMIR: *Liberal Nationalism*, Princeton University Press, Princeton, 1993; W. CONNOR: *Ethnonationalism*, Princeton University Press,

Aunque no está muy claro por qué se califica a tales autores «nacionalistas culturales» (sería más adecuado caracterizarles como nacionalistas políticos), estamos en todo caso de acuerdo en el talante general de los partidarios del nacionalismo político, como David Miller, por citar la última obra —que ignora Abizadeh— de uno de los autores impugnados, en su preocupación por defender las comunidades extensas, integradas, de los Estados nacionales históricos (Reino Unido, España, Canadá, etc.) frente a las reclamaciones de las comunidades étnico-culturales y frente a las diversas formas del multiculturalismo, la política del «hecho diferencial» y del «pluralismo» que intenta quebrar las lealtades primarias de los ciudadanos hacia los Estados nacionales (57).

Aunque Miller es un nacionalista político —pero no liberal sino socialdemócrata, como precisa Jacob T. Levy (58)—, el modelo ideológico postulado

Princeton, 1994; M. LIND: «In Defense of Liberal Nationalism», en *Foreign Affairs*, 23, 1994; G. BALAKRISHNAN (ed.): *Mapping the Nation*, Verso, London, 1996; M. BROWN *et al.*: *Nationalism and Ethnic Conflict*, MIT Press, Cambridge, MA, 1996; R. BRUBAKER: *Nationalism Refrained*, Cambridge University Press, Cambridge, 1996; G. ELEY y R. G. SUNY: *Becoming National: A Reader*, Oxford University Press, New York, 1996; E. GELLNER: «The Coming of Nationalism and Its Interpretations: The Myths of Nation and Class», en G. BALAKRISHNAN (ed.), *ant. cit.*, 1996; R. MCKIM y J. MCMAHAN (eds.): *The Morality of Nationalism*, Oxford University Press, New York, 1997; J. A. HALL (ed.): *The State of the Nation: Ernest Gellner and the Theory of Nationalism*, Cambridge University Press, Cambridge, 1998; G. STEINMETZ (ed.): *State/Culture: State Formation After the Cultural Turn*, Cornell University Press, Ithaca, NY, 1999; M. HECHTER: *Containing Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 2000; J. T. LEVY: *The Multiculturalism of Fear*, Oxford University Press, Oxford, 2000; L. GREENFELD: *The Spirit of Capitalism: Nationalism and Economic Growth*, Harvard University Press, Cambridge, MA, 2001; D. MILLER: *Citizenship and National Identity*, Polity, Cambridge, MA, 2000; M. MOORE: *The Ethics of Nationalism*, Oxford University Press, Oxford, 2001 y W. KYMLICKA: *Politics in the Vernacular: Nationalism, Multiculturalism, and Citizenship*, Oxford University Press, Oxford, 2001. De gran interés también son los análisis y posiciones de los escritores que han tratado este tema, desde una perspectiva liberal-conservadora, en la ya clásica *National Review*, New York, como WILLIAM F. BUCKLEY, JOHN FONTE, JOHN O'SULLIVAN, etc., y en *National Interest*, New York, como I. KRISTOL y M. LIND. En España, una autoridad en cuestiones relativas a la teoría del nacionalismo es, sin duda, mi estimado colega y amigo ANDRÉS DE BLAS GUERRERO, autor, entre otras obras, de *Nacionalismo e ideologías políticas contemporáneas*, Espasa Calpe, Madrid, 1984; «Nacionalismo», en F. VALLESPÍN (ed.): *Historia de la Teoría Política*, vol. III, Alianza, Madrid, 1991; *Nacionalismo y naciones en Europa*, Alianza Editorial, Madrid, 1994; y editor de *Enciclopedia del Nacionalismo*, Tecnos, Madrid, 1997. Asimismo, JOSEP R. LLOBERA: *The God of Modernity. The Development of Nationalism in Western Europe*, Berg, Oxford, 1994; y *Recent Theories of Nationalism*, WP-ICPS, Barcelona, 1999.

(57) D. MILLER: *Citizenship and National Identity*, Polity, Cambridge, MA, 2000.

(58) J. T. LEVY, crítica del último libro de D. MILLER, en *American Political Science Review*, marzo 2002, pág. 191.

por Alexander Hamilton es de gran interés como referente histórico, por ser precisamente una expresión clara de nacionalismo político y liberal. Uno de los primeros en la época contemporánea que a su vez inspiró a los primeros teóricos académicos del mismo, especialmente a lord Acton, y asimismo se pueden detectar ciertas influencias suyas en algunos de los teóricos con más alta reputación en el siglo XX, como Max Weber y, a través de éste, en Ernest Gellner.

El modelo hamiltoniano sorprende por su coherencia y claridad. Ajeno a las elucubraciones románticas y sentimentales de la tradición roussoniana y de los apologetas de la nación étnica-cultural, tampoco simpatiza con los barroquismos intelectuales y académicos. Hamilton no es un teórico en el sentido convencional, aunque su pensamiento contiene un esquema teórico claro. Es curioso que en su primer escrito conocido, la famosa carta que escribe a los trece o catorce años a su amigo Edward Stevens, fechada en St. Croix el 11 de noviembre de 1769, reconoce que más que el pensamiento le interesa la acción: «*Im no Philosopher you see and be justly said to Build Castles in the Air... I shall conclude saying I wish there was a war*» (59). Sin embargo, a pesar de la frenética actividad militar, política, administrativa y profesional a lo largo de su vida, será también un prolífico escritor (32 volúmenes en total: 27 de la edición de Syrett y continuadores, más 5 de los escritos legales de la edición de Goebel y Smith, todos por la Columbia University Press). Ninguno de los padres fundadores ha producido tantos volúmenes en las ediciones académicas standard de sus «obras completas». Es decir, notablemente más que Franklin, Jefferson, Adams, Madison, y Paine, todos ellos reputados como grandes escritores, pensadores o ideólogos populares, y afortunadamente longevos, teniendo en cuenta, por ejemplo, que mientras Franklin —que es quien más se le aproxima en número de volúmenes—, fallece casi nonagenario, Hamilton muere a los cuarenta y siete años en el fatídico duelo con Aaron Burr.

Entre sus manuscritos incompletos, dejó numerosas páginas de notas redactadas en 1786 (*Notes on the History of North and South America*) de investigación sobre lo que hubiera podido llegar a ser la primera obra de historia general de América escrita por un americano (60), y, asimismo, Holmes Alexander nos informa que hacia 1800 Hamilton había comenzado a planear y discutir la elaboración de un importante tratado sobre la política, con un estudio histórico comparado de los gobiernos del mundo, y para el que esperaba contar con la colaboración de John Jay, Gouverneur Morris, Rufus King y James Kent, entre otros (61).

(59) A. HAMILTON: *Writings*, pág. 3; *The Papers*, vol. I, pág. 4.

(60) A. HAMILTON: *The Papers*, vol. III, págs. 702 y ss.

(61) H. ALEXANDER, ant. cit., págs. 381-382.

Sus admiradores fueron hombres políticos experimentados, liberales, nacionalistas políticos, moderados y pragmáticos, como el propio George Washington, Robert Morris, Oliver Ellsworth, John Jay, Rufus King, Timothy Pickering, Philip Schuyler, Theodore Sedwick, Oliver Wolcott, Fisher Ames... aunque también los tuvo con una sofisticada mentalidad intelectual jurídico-constitucional, como Gouverneur Morris, James Kent y John Marshall. En Europa, aparte de los conocidos políticos coetáneos que le expresaron su admiración, como Lafayette y Tayllerand, y posteriormente politólogos de la talla de Alexis de Tocqueville, Francis Lieber, Friedrich List, Walter Bahegot y James Bryce (62), el primer gran intelectual que supo apreciar la importancia de Hamilton fue precisamente uno de los primeros teóricos académicos del nacionalismo, John E. E. Dalberg-Acton, lord Acton, quien no duda en incluirle en el reducido y selecto grupo de los grandes pensadores políticos de Occidente, junto a Platón y Aristóteles, entre los clásicos, y con Burke y Tocqueville, entre los modernos: «*Burke and Hamilton, the best political writers of the last century; Tocqueville...the most eminent of our own*» (63).

Ya en 1861 vio en el sistema de Hamilton un ejemplo claro de lo que en 1862 denominará nacionalismo político, y en 1864, en una recensión crítica sobre el libro de Christopher J. Riethmuller, *Alexander Hamilton and His Contemporaries* (London, 1864), Acton comentará que «*European writers such as Montequieu and Burke have been more deeply versed in history, and have enjoyed the resources of a wider induction; but no philosopher of equal genius ever presided over the formation of a great political society, or watched with equal sagacity the phenomena of its early growth... similar to that of Hamilton watching by the cradle of the American polity...*». A su juicio, aunque los delegados de la Convención de Filadelfia no adoptaron sus esquemas, y hay que tener en cuenta que Acton escribe con la guerra de Secesión en el trasfondo, «*no man present equalled him in talent... no man rejected more decidedly than Hamilton that theory that the union is a union between separate states, and not a form of national unity, which is always urged by the defenders of the Southern cause*» (64).

Los inmediatos continuadores del nacionalismo hamiltoniano fueron algunos de los grandes jueces y constitucionalistas como George Marshall, James Kent y Joseph Story, o grandes políticos como John Quincy Adams,

(62) S. F. KNOTT, ant. cit., págs. 53, 65, 78.

(63) LORD ACTON: «The History of Liberty» (1877), en *Selected Writings of Lord Acton*, ant. cit., pág. 22.

(64) Véase nota 39. LORD ACTON: «Review of Riethmuller's...» (1864), en *Selected Writings of Lord Acton*, ant. cit., págs. 213-214.

Henry Clay y Daniel Webster. Ante la gran crisis Norte/Sur el partido Republicano (Grand Old Party), fundado a mediados del siglo XIX, será el continuador de las ideas del viejo partido Federalista. El nacionalismo de Lincoln y el «nuevo nacionalismo» de Theodore Roosevelt son los obvios herederos de Hamilton en la historia política norteamericana. Y, pese a las connotaciones conservadoras, en el sentido norteamericano (pero liberales desde la perspectiva europea), innegables de su pensamiento político, que anticipan el nacionalismo Tory de un Benjamin Disraeli, como ha sugerido el británico Frederick Scott Oliver en la primera gran biografía del siglo XX de nuestro personaje —comparación en la que coinciden C. Rossiter y Louis Hartz— (65), es irrefutable que hay un carácter liberal e incluso progresista en el nacionalismo hamiltoniano, que se proyecta en los grandes presidentes del siglo XX: los dos Roosevelt y Eisenhower, siendo Reagan la excepción en este caso (66), como han percibido políticos, analistas y estudiosos perspicaces, en todo el espectro ideológico, desde principios del siglo XX: los presidentes Roosevelt, Harding, Coolidge y Hoover; Henry Cabot Lodge, Andrew Mellon, W. Guggenheim, Albert J. Beveridge, W. G. Summer, Herbert Croly, Walter Lippmann, Felix Frankfurter, Charles A. Beard, Hans Morgenthau, Felix Gilbert, Leo Strauss y su círculo en la Universidad de Chicago, y últimamente George Will, William Kristol, Michael Lind, W. Russell Mead, Richard Brookishier, Stephen F. Knott... etc. Si a mediados del siglo XIX Lincoln había concedido «All Honor to Jefferson», pero había seguido el programa hamiltoniano, tras la Gran Depresión, con el New Deal de Franklin D. Roosevelt, muchos demócratas y liberales progresistas que pertenecían a la tradición jeffersoniana se convirtieron al hamiltonianismo. Un caso típico será el politólogo de la Universidad de Yale, Charles L. Black, quien reconoció que sin la interpretación amplia de los poderes federales de Hamilton nunca habrían sido posibles el New Deal, el Welfare State y experimentos como la TVA, llegando a afirmar en 1960: «We are all hamiltonians today» (67). En el mismo sentido, se percibirán influencias hamilton-

(65) F. S. OLIVER: *Alexander Hamilton: An Essay on American Union* (1906), new edition, G. P. Putnam's Sons, New York, 1928, pág. 451; L. M. HACKER, ant. cit. pág. 250.

(66) M. LIND, ant. cit. (vease nota 9). S. F. KNOTT, ant. cit., pág. 87. Ronald Reagan representa un nuevo conservadurismo de fin del siglo XX, populista, anti-centralista y anti-federalista («nuevo federalismo»), en sintonía con la tradición jeffersoniana, por lo que llegaría a afirmar en 1987: «We're still Jefferson's children» (S. F. KNOTT, ant. cit., pág. 6). A mi juicio, los problemas nacionales e internacionales, así como las nuevas circunstancias estratégicas, particularmente después del 11 de septiembre de 2001, han sido también determinantes del sesgo hamiltoniano que ha caracterizado la presidencia de George W. Bush.

(67) S. F. KNOTT, ant. cit., págs. 75-76, 78, 90 y ss. 145, 156. Este autor recoge opinio-

nianas en intelectuales de la New Frontier y politólogos «neocons» como H. Storing, M. Diamond, M. Frisch, W. Berns, K. Walling, William Bennet, Daniel P. Moynihan y Jeanne Kirkpatrick. El historiador y asesor presidencial Arthur Schlesinger Jr. considerará a Hamilton un precursor de Keynes —supuesto asumido por el principal asesor económico de la New Frontier y de la Great Society, Walter W. Heller—, y en un famoso discurso de 1962 el propio Presidente Kennedy hará un elogio del gran estadista y padre fundador del sistema político-económico americano (68).

Concluyendo: Alexander Hamilton representa los orígenes más genuinos del nacionalismo político contemporáneo, un nacionalismo liberal, integrador, multiétnico y multicultural —aunque no «multiculturalista»—, que tiene como fundamento una sociedad civil burguesa, pluralista y emprendedora, con una orientación económica comercial, industrial y financiera. Y como motor dinámico, la energía político-administrativa y militar de un Estado nacional, centrípeto, unido y homogéneo en cuanto a una «cultura política cívica», frente a las tendencias particularistas, excluyentes y centrífugas de las regiones o «estados». Tal nacionalismo es inseparable asimismo de la tradición y los valores liberales, que tienen su garantía en la forma del Estado constitucional, el Estado de derecho y el «Rule of Law». Es decir, un

nes significativas, que insisten también en calificar a HAMILTON como «gran hombre» o «genio». Así, JOHN MARSHALL: «the greatest man (or one of the greatest men) that had ever appeared in the United States» (pág. 17); WASHINGTON IRVING: «Hamilton left the impress of his genius on the institutions of the country» (pág. 35); FRANCIS LIEBER: «the greatest genius and profoundest statesman America had produced» (pág. 53); BARTHOL NIEBUHR: «Hamilton seemed to me a true political genius» (pág. 65); WALTER BAGEHOT: «the greatest political philosopher in America» (pág. 78); JAMES BRYCE: «brilliant figure, the most interesting in the earlier history of the Republic» (pág. 78); THEODORE ROOSEVELT: «a man of brilliant audacity and genius» (pág. 87); CHARLES A. BEARD: «colossal genius of the new system» (pág. 100); ALBERT J. BEVERIDGE: «that colossus in courage and constructive genius» (pág. 103).

(68) S. F. KNOTT, ant. cit., pág. 199. El politólogo STEPHEN F. KNOTT, reiteradamente citado en este ensayo como autor de la última, por ahora, investigación original sobre HAMILTON, declara en la introducción de su libro: «Aunque George Washington, Thomas Jefferson, James Madison y Abraham Lincoln le hayan eclipsado en la mente de los americanos, creo que fue Alexander Hamilton quien hizo posible que el siglo veinte fuera el siglo americano» (pág. 6). La obra de WILLAR S. RANDALL, publicada también en 2002 como la de STEPHEN F. KNOTT, es una digna biografía condensada de HAMILTON, pero no añade nada nuevo a otras anteriores más completas (nota añadida, agosto de 2004: En el bicentenario de la muerte de HAMILTON hemos tenido la fortuna de ver publicada una de las mejores y la más completa de sus biografías, escrita con gran rigor y elegancia por RON CHERNOW: *Alexander Hamilton*, The Penguin Press, New York, 2004. Asimismo, una excelente monografía sobre la responsabilidad de HAMILTON en la formulación de una política exterior realista para la nueva República debida a JOHN LAMBERTON HARPER: *American Machiavelli: Alexander Hamilton and the Origins of U.S. Foreign Policy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004).

patriotismo constitucional, sí, pero resultante de una lealtad a valores, ideas, instituciones, costumbres, símbolos y memorias históricas que se proyectan colectivamente hacia el futuro.

Los defensores, con sus matices y diferencias, de la legitimidad y necesidad de un nacionalismo político liberal en los debates actuales (*National Review* de W. F. Buckley, y *National Interest* de I. Kristol; E. Gellner, Y. Tamir, M. Lind, J. Fonte, J. O'Sullivan, L. Greenfeld, E. Charney, etc.) frente a los diferentes, y en gran medida arbitrarios, modelos de nacionalismo cultural, multiculturalista, vernacular, étnico o de identidad diferenciada (69), encontrarán siempre argumentos racionales y razonables en los escritos de Alexander Hamilton.

BIBLIOGRAFÍA SELECTA

Obras de Hamilton

The Works of Alexander Hamilton, 7 vols., JOHN CHURCH HAMILTON (ed.), New York, 1850-1851.

The Works of Alexander Hamilton, 9 vols., HENRY CABOT LODGE (ed.), New York/London, 1885-1886.

The Works of Alexander Hamilton, 12 vols., HENRY CABOT LODGE (ed.), New York, 1904.

Hamiltonian Principles: Extracts from the Writings of Alexander Hamilton, JAMES TRUSLOW ADAMS (ed.), Little, Brown, Boston, 1928.

Papers on Public Credit, Commerce and Finance by Alexander Hamilton, SAMUEL MCKEE JR. (ed.), Columbia University Press, New York, 1934.

Alexander Hamilton: Selections Representing His Life, His Thought, and His Style, BOWER ALY (ed.), New York, The Liberal Arts Press, 1957.

Alexander Hamilton Reader, MARGARET ESTHER HALL (ed.), New York, Oceana Publications, 1957.

Alexander Hamilton and the Founding of the Nation: A Selection from Hamilton's Writings, ROBERT B. MORRIS (ed.), New York, The Dial Press, 1957.

(69) EVAN CHARNEY: «Identity and Liberal Nationalism», *American Political Science Review*, mayo 2003, págs. 295 y ss. La crítica que CHARNEY elabora de las tesis de WILL KYMLICKA (en su obra *Politics in the Vernacular: Nationalism, Multiculturalism, and Citizenship*, Oxford University Press, Oxford, UK, 2001) es pertinente y, añadiría, emblemática: «Kymlicka's theory of liberal nationalism which limits the sites of identity formation to the national or cultural community itself, as opposed to any of the norms, or practices, or institutions, or subcommunities, or end, or ways of life associated with a given national culture or other cultures, is untrue to the complexity of human experience» (pág. 308).

- Alexander Hamilton's Pay Book*, E. P. PANAGOPOULUS (ed.), Wayne State University Press, Detroit, 1961.
- The Papers of Alexander Hamilton*, 27 vols., HAROLD C. SYRETT *et al.* (ed.), Columbia University Press, 1961-1987.
- The Law Practice of Alexander Hamilton: Documents and Commentary*, 5 vols., JULIUS GOEBEL JR. y JOSEPH H. SMITH (ed.), Columbia University Press, New York, 1964-1981.
- The Basic Ideas of Alexander Hamilton*, RICHARD B. MORRIS (ed.), Washington Square Press, New York, 1965.
- Alexander Hamilton: A Biography in His Own Words*, MARY-JO KLINE (ed.), Harper & Row, New York, 1973.
- Selected Writings and Speeches of Alexander Hamilton*, MORTON J. FRISCH (ed.), American Enterprise Institute, Washington DC, 1985.
- Alexander Hamilton: Writings*, JOANNE B. FREEMAN (ed.), The Library of America, New York, 2001.

Obras sobre Hamilton

- ALEXANDER, HOLMES: *To Covet Honor. A Biography of Alexander Hamilton*, Belmont, MA, Western Islands, 1977.
- ALY, BOWER: *The Rhetoric of Alexander Hamilton*, Russell & Russell, New York, 1965.
- AMES, FISHER: «A Skecht of the Character of Alexander Hamilton» (1804), en SETH AMES (ed.), *Works of Fisher Ames*, vol. II, Little, Brown, Boston, 1854.
- ATHERTON, GERTRUDE: *The Conqueror. Being the True and Romantic Story of Alexander Hamilton*, Macmillan, New York, 1914.
- BOWERS, CLAUDE G.: *Jefferson and Hamilton. The Struggle for Democracy in America*, Houghton Mifflin, Boston, 1925.
- BOYD, JULIAN P.: *Number 7. Alexander Hamilton's secret attempts to control American foreign policy*, Princeton University Press, Princeton, NJ, 1964.
- BROWN, STUART GERRY: *Alexander Hamilton*, Twayne, New York, 1967.
- CANTOR, MILTON (ed.): *Hamilton, Englewood Cliffs*, Prentice-Hall, NJ, 1971.
- CHERNOW, RON: *Alexander Hamilton*, The Penguin Press, New York, 2004.
- CHIDSEY, DONALD BARR: *Mr. Hamilton and Mr. Jefferson*, T. Nelson, New York, 1975.
- CHOATE, JOSEPH H.: *Alexander Hamilton*, Harrison & Sons, London, 1904.
- COLEMAN, WILLIAM: *A Collection of the Facts and Documents, Relative to the Death of Major-General Hamilton*, New York, 1804.
- CONANT, CHARLES A.: *Alexander Hamilton*, Houghton Mifflin, Boston, 1901.
- COOKE, JACOB E. (ed.): *Alexander Hamilton. A Profile*, Hill and Wang, New York, 1967.
- COOKE, JACOB E.: *Alexander Hamilton*, Charles Scribner's Sons, New York, 1982.

- CRAMTON, ROGER CONANT: *Alexander Hamilton and his biographes*, Harvard Archives, HU8939588, SF, Cambridge, MA.
- CULBERSTON, WILLIAM SMITH: *Alexander Hamilton. An Essay*, Yale University Press, New Haven, CT, 1911.
- CUNNINGHAM JR., NOBLE E.: *Jefferson vs. Hamilton. Confrontations That Shaped a Nation*, Bedford/St. Martin's, Boston/New York, 2000.
- EMERY, NOEMI: *Alexander Hamilton: An Intimate Portrait*, G.P. Putnam's Sons, New York, 1982.
- FLAUMENHAFT, HARVEY: *The Effective Republic: Administration and Constitution in the Thought of Alexander Hamilton*, Duke University Press, Durham, NC, 1992.
- FLEMING, THOMAS: *Duel. Alexander Hamilton, Aaron Burr and the Future of America*, Basic Books, New York, 1999.
- FORD, HENRY JONES: *Alexander Hamilton*, Charles Scribner's Sons, New York, 1920.
- FRISCH, MORTON J.: *Alexander Hamilton and the Political Order*, University Press of America, Lanham, MD, 1991.
- HACKER, LOUIS M.: *Alexander Hamilton in the American Tradition*, McGraw-Hill, New York, 1957.
- HAMILTON, ALLAN McLANE: *The Intimate Life of Alexander Hamilton*, Charles Scribner's Sons, New York, 1910.
- HAMILTON, JOHN CHURCH: *The Life of Alexander Hamilton*, 2 vols., Halsted and Voorhies, New York, 1834-1840.
- HARPER, JOHN LAMBERTON: *American Machiavelli: Alexander Hamilton and the Origins of U.S. Foreign Policy*, Cambridge University Press, Cambridge, 2004.
- HUBBARD, ELBERT: *Little journeys to the homes of American statesmen: Alexander Hamilton*, G.P. Putnam's Sons, New York, 1898.
- KENNEDY, ROGER G.: *Burr, Hamilton, and Jefferson. A Study in Character*, Oxford University Press, New York, 2000.
- KENT, JAMES: *Alexander Hamilton (1836)*, G. Tremblett, Brooklyn, NY, 1889.
- KNOTT, STEPHEN F.: *Alexander Hamilton and the persistence of Myth*, University Press of Kansas, Lawrence, KA, 2002.
- KONEFSKY, SAMUEL J.: *John Marshall and Alexander Hamilton*, New York, 1964.
- LODGE, HENRY CABOT: *Alexander Hamilton*, Mifflin, Boston, Houghton, 1882.
- LOEB, DAVID: *Alexander Hamilton*, New York, 1939.
- LOOZE, HELENE J.: *Alexander Hamilton and the British orientation of American foreign policy 1783-1803*, Mouton, The Hague, 1969.
- LYCAN, GILBERT L.: *Alexander Hamilton and Foreign Policy*, University of Oklahoma Press, Norman, OK, 1970.
- MCDONALD, FORREST: *Alexander Hamilton: A Biography*, W. W. Norton, New York, 1979.
- MILLER, JOHN C.: *Alexander Hamilton. Portrait in Paradox*, Harper & Row, New York, 1959.
- *Alexander Hamilton and the Growth of the New Nation*, Harper & Row, New York, 1959.

- MITCHELL, BROADUS: *Heritage from Hamilton*, Columbia University Press, New York, 1957.
- *Alexander Hamilton*, 2 vols., Macmillan, New York, 1957-1962.
- *Alexander Hamilton: A Concise Biography*, Oxford University Press, New York, 1976.
- MORRIS, RICHARD B.: *Alexander Hamilton and his message for our times*, University of Hawaii, Honolulu, 1957.
- *Witnesses at the Creation. Hamilton, Madison, Jay and the Constitution*, New American Library, New York, 1985.
- MORSE, JOHN T.: *The Life of Alexander Hamilton*, 2 vols., Little, Brown, Boston, 1876.
- MULFORD, ROLAND J.: *The Political Theories of Alexander Hamilton*, University Studies, John Hopkins University, Baltimore, 1903.
- OLIVER, FREDERICK SCOTT: *Alexander Hamilton. An Essay on American Union*, T. Nelson/Putnam, London/New York, 1906.
- PANCAKE, JOHN S.: *Thomas Jefferson and Alexander Hamilton*, Barron's, Woodbury, NY, 1974.
- PRESCOTT, FREDERICK C.: *Alexander Hamilton and Thomas Jefferson*, American Book Company, New York, 1934.
- RANDALL, WILLARD S.: *Alexander Hamilton*, HarperCollins, New York, 2002.
- RIETHMULLER, CHRISTOPHER JAMES: *Alexander Hamilton and His Contemporaries*, Bell and Daldy, London, 1864.
- ROGOW, ARNOLD A.: *A Fatal Friendship. Alexander Hamilton and Aaron Burr*, Hill and Wang, New York, 1998.
- ROSSITER, CLINTON L.: *Alexander Hamilton and the Constitution*, Harcourt, Brace & World, New York, 1964.
- SCHACHNER, NATHAN: *Alexander Hamilton*, Appleton, New York, 1946.
- *Alexander Hamilton, Nation Builder*, McGraw-Hill, New York, 1952.
- SCHMUCKER, SAMUEL M.: *The Life and Times of Alexander Hamilton*, J. W. Bradley, Philadelphia, 1857.
- SCHOULER, JAMES: *Alexander Hamilton*, Samall, Maynard, Boston, 1901.
- SHEA, GEORGE: *Alexander Hamilton. A Historical Study (1826)*, Hurd and Houghton, New York, 1877.
- *The Life and Epoch of Alexander Hamilton*, Houghton, Osgood, Boston, 1879.
- SMERTENKO, JOHAN J.: *Alexander Hamilton*, Greenburg, New York, 1932.
- SMITH, CHARD POWERS: *Hamilton. A Poetic Drama in Three Acts*, Coward-McCann, New York, 1930.
- STOURZH, GERALD: *Alexander Hamilton and the idea of republican government*, Stanford University Press, Stanford, CA, 1970.
- STRYKER, MELANCTHON W.: *Hamilton, Lincoln, and Other Addresses*, W. T. Smith, Utica, NY, 1896.
- SUMNER, W. G.: *Alexander Hamilton*, Dodd, Mead, New York, 1890.
- SYRETT, H. C. y COOKE, J. G.: *Interview in Weehawken: The Burr-Hamilton Duel as told in the original documents*, Middletown, CT, 1960.

- VANDENBERG, ARTHUR H.: *The Greatest American: Alexander Hamilton. An historical analysis of his life and works together with a simposium of opinions by distinguished Americans*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1921.
- *If Hamilton Were Here Today: American Fundamentals Applied to Modern Problems*, G. P. Putnam's Sons, New York, 1923.
- WALLING, KARL-FRIEDRICH: *Republican Empire: Alexander Hamilton on War and Free Government*, University Press of Kansas, Lawrence, KA, 1999.
- WARD, Frederic A.: *Alexander Hamilton*, Brooklyn, NY, 1898.
- WARSHOW, ROBERT I.: *Alexander Hamilton: First American Business Man*, Greenberg, New York, 1931.
- WOOD, FERNANDO: *An Address on the Genius, Public Life, and Opinions of Alexander Hamilton, Delivered at Richmond, Va., May 9, 1856*, Evander Childs, New York, 1856.